

CIUDAD DEL VATICANO, 1 DE JULIO, 2001

Muy queridos Hermanos y Hermanas,

1. Hoy comienza el mes de Julio, que la tradición popular dedica a la contemplación de la Preciosa Sangre de Cristo, misterio insondable de amor y misericordia.

En la Liturgia de hoy, el Apóstol Pablo afirma en la carta a los Gálatas que "Cristo nos ha liberado para dejarnos libres" (Gal. 5:1). Esta libertad tiene un preciado valor: la vida y la sangre del Redentor. Sí, la sangre de Cristo es el precio que Dios ha pagado para liberar a la humanidad de la esclavitud del pecado y la muerte. La sangre de Cristo es la prueba irrefutable de amor del Padre celestial por cada hombre, sin exclusión.

Todo esto fue claramente destacado por el Beato Juan XXIII, devoto de la sangre del Señor desde su niñez, cuando escuchaba la Letanía especial recitada por la familia. Una vez electo Papa, él escribió una carta apostólica para promover el culto ("Inde a primis", 30 de Junio, 1959), invitando a los fieles a meditar sobre el infinito valor de aquella Sangre, de la cual "sólo una gota puede salvar a la humanidad entera de toda culpa" (himno: "Adoro Te Devote")

2. Que la meditación del sacrificio del Señor, garantía de esperanza y paz para el mundo, anime y estimule la construcción de la paz, incluso allí donde parece inalcanzable. En este día, mis pensamientos se vuelven hacia Sri Lanka donde, con ocasión de la fiesta de Nuestra Señora de Madhu, la comunidad católica se reúne en oración en aquel famoso santuario para implorar por el tan anhelado regalo de la paz. Las partes involucradas en el trágico conflicto étnico, el cual por casi 20 años ha sembrado violencia y atrocidades terribles en esta querida nación, tratan con dificultad de encontrar una forma de diálogo y reconciliación. Una solución negociada es la única forma de enfrentar los graves asuntos que se encuentran en la raíz del presente conflicto.

3. Que María, Madre de quién ha redimido al mundo por su sangre, bendiga los esfuerzos perseverantes de todos aquellos en Sri Lanka y en otros lugares donde se promueve un clima de imparcialidad y distensión, premisas indispensables para lograr la concordia y la paz.

*Juan Pablo II*